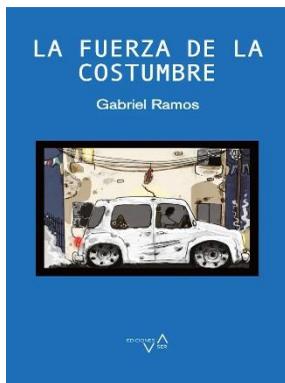


Gabriel Ramos

LA FUERZA

DE LA COSTUMBRE

s. l.: Ediciones Ser, 2021.



Reza el viejo refrán que «La costumbre hace ley», lo cual es patente en Gabriel Ramos, quien, tras un largo recorrido en la minificción, título que se le da en México; microrrelato, para España; microcuento, en Argentina, nos demuestra con maestría, una vez más, su desenvolvimiento en este género.

Conocí a Gabriel hace un par de años y reconocí en él, al instante, a un amante de la lectura, del aprendi-

zaje; quien a su vez es promotor y cultivador inalcanzable de la brevedad.

El libro que hoy nos reúne, *La fuerza de la costumbre*, suscita una contradicción, pues quien lo escribe, curiosamente, se reinventa cada día, lo cual es manifiesto en este libro en comparación con los anteriores: *Vivir es arriesgarse*, *Sueños incumplidos* y *Geografía del amor*, libros dotados de identidad propia.

A pesar de que Gabriel conoce al dedillo las herramientas y estrategias de escritura, no repite la fórmula: explora, experimenta con intuición poética diferentes temas y formas; de la intertextualidad a la inventiva, del discurso literario al extraliterario, del planteamiento conceptual a la narratividad, del blanco de la hoja y su disposición espacial al juego tipográfico; no hay rastro de comodidad alguna ni autocomplacencia en su propuesta.

La fuerza de la costumbre, editado por Ediciones Ser, consta de 100 páginas

en las que se despliegan 4 apartados: «La aventura», «Las interacciones», «La búsqueda» y «Breve(r)dades», que a su vez reúnen 77 minificciones de diferente corte, rasgo que lo hace un libro heterogéneo, ameno y envolvente en cada una de sus páginas, donde el dominio de la expectativa y la intriga hacen participar activamente al lector para desentrañar los numerosos sentidos de las minificciones, pues Gabriel, a su vez, hace acopio y afortunado tratamiento de la ambigüedad, la connotación, la alegoría, la metáfora y la sugerencia, procedimientos que con su uso correcto sustentan aquel decir que «una minificción dice más por lo que no dice».

El libro comienza con tres epígrafes que, *grosso modo*, sintetizan su poética, pues, por un lado, el de Gemma Pellicer dice: «Experimentar con el lenguaje como un medio por el que descubrir otras verdades», lo cual se refleja en numerosas minificciones,

que aprovechan la hibridez, la liminalidad de este género ecuestre, para recordarnos que la minificción es un hiperónimo, una etiqueta, de un abanico de formas breves como pueden ser, principalmente, el minicuento, el aforismo, la greguería, el caligrama, el haiku, el epigrama, el alburama, el periquete, por mencionar algunos textos; Gabriel, entonces, como una suerte de ludópata, experimenta y juega a sus anchas, para descubrir verdades en este género; por otro lado, el segundo epígrafe, de Belén Lorenzo, dice que: «Las palabras encierran realidades y liberan fantasías», las cuales vemos, en conjunto, en *La fuerza de la costumbre*, pues las minificciones de este libro van desde una crítica muy específica a acontecimientos de la vida humana, hasta mundos generados por realidades fantásticas; el registro de los temas y su tratamiento es vario; finalmente, el tercer epígrafe, de Lisa Alther, dice que: «Todo lo que he

escrito ha sido para averiguar quién soy», cita que comprenderá cabalmente Gabriel, pues la ficción es un mundo posible para reinventarnos, crear nuevas realidades y adentrarnos en los escondrijos de nuestro ser.

En cuanto al contenido de los apartados, «La aventura», como es preciso, encabeza la lista; nos presenta 19 minificciones en donde los personajes atraviesan distintas dificultades en su periplo cotidiano; un hombre que experimenta un amor efímero, como la minificción, en un metrobús, un trabajador con un puñado de palabras rencorosas para su jefe que ha muerto, una mujer, que codificada con el pronombre de *ella*, que puede ser cualquiera, sufre un desenlace funesto por la violencia que ha padecido, entre otras minificciones entrañables como «Música eterna», que, templada bajo una atmósfera fantástica, nos recuerda a José de la Colina y al Titanic. «La aventura» es el despliegue de la infantería de Gabriel

Ramos, que foguea historias encontradas, siempre trabajadas con tensión, exactitud, además de vincular activamente al lector para hacerlo participe en la escritura de este libro. Las enfermedades progresivas como el Alzheimer, también son tratadas con habilidad e inteligencia, pues «Vivir en la oscuridad», título de la minificción que cierra este apartado, no es más que una metáfora de lo que implica sufrir este padecimiento.

«La búsqueda», segundo apartado, es el pilar experimental de este título, pues presenta caligramas, sopa de letras, minificciones cuyo texto juega con la disposición espacial de la hoja, para encontrar un correlato en su significación, juegos tipográficos que coquetean con las leyes de la física, instructivos, diagramas, incisos que dan pie a la multiplicidad de finales, entre otras formas. No es en vano que esta sección se titule «La búsqueda», pues toda búsqueda implica dejar la comodidad de lado para concentrarse en algo

nuevo, aunado a que Aristóteles decía que el hombre tiene una inclinación natural por lo desconocido.

En «Las interacciones», por su parte, serie de minificciones de circo, encontramos que Gabriel sortea los malabares de las historias, con justa exactitud y dominio; no titubea en el hilo de sus relatos ni pierde el equilibrio tras el paso de una minificción a otra. Los textos se disfrutan de manera aislada, con total independencia, pero a su vez tejen redes de significados de una minificción a otra, tanto así que si leemos un texto, por ejemplo, el de «Amor imposible» que dice «El enano estaba enamorado de la Bailarina, por lo que consultó con la Adivina si algún día sería correspondido. Al conocer la respuesta, decepcionado, buscó al Mago para que le desapareciera aquel horrible sentimiento», podemos saber más adelante, en otra minificción de la serie, de quién estaba enamorada la bailarina. Si bien la mayor parte del libro está dotado

de humor, «Las interacciones» es el pilar en el que se sustenta; su título no es incidental; una compañía de circo comprende un conjunto de artistas que se relacionan; así como la cuerda floja pende de un extremo a otro, los cuentos jibaros de «Interacciones» dialogan uno con otro. En este circo pueblan leones chimuelos, contorsionistas embarazadas, lanzadores de cuchillos con astigmatismo y funambulistas alcohólicos, dándonos un mundo al revés que, bajo tutela de Gabriel, nos arranca una rotunda carcajada. Pero también se repiten motivos, el amor incorespondido y los triángulos amorosos que, más que triángulos, a veces resultan polígonos. Las pulsaciones, las pasiones, las fobias, también la hacen de detonadores de historias.

Por último, para no dejar de lado que estas pequeñas anotaciones pretenden ser una ventana, una somera revisión de *La fuerza de la costumbre*, y que el lector mismo juzgue

y disfrute por su cuenta estas historias, tenemos el último apartado que es «Breve(r)dades». Tras un recorrido a paso de pulga, se llega la nostalgia, las minificciones de factura impecable que buscan poner de manifiesto alguna verdad, cuyo distintivo es la realidad y la crudeza con que se miran; el paso de la risa a la seriedad es orquestado por Gabriel Ramos como un maestro de ceremonia; en su mayoría, las minificciones de este apartado ponen a la luz acontecimientos como la pérdida de un amigo querido, la realidad social que vivimos como la desaparición de los estudiantes de Ayotzinapa, el paso por padecimientos como el insomnio, la depresión, el retiro de la vida laboral y la consiguiente vida de jubilado, nuestros más bajos instintos, el determinismo que en ocasiones nos arrostra y nos dificulta contraponernos a las circunstancias, el rito casi religioso de la costumbre y los hábitos que nos configuran, que con el

tiempo terminan por convertirnos en una extensión de ellos; pero, a todo esto, como caja de pandora, reluce en el fondo el amor, que, traducido bajo el título de inquilinos, como aforismo poético, nos dice Gabriel: «Tengo toda una casa de huéspedes dentro de mí».

La fuerza de la costumbre, el más reciente libro de Gabriel Ramos, da cuenta del trabajo incesante que ha realizado el autor, en pos de una estética hiperbreve, personal y que, sin lugar a dudas, debemos celebrar, pues este libro, tan pronto como ha salido, es referente obligado de la minificción, género que como iberoamericanos, nos pertenece, y que hemos visto cómo sus primeros vaguidos, en los albores del siglo XX, se han convertido de a poco, con el tiempo, en un vigoroso resuello, desde las nóminas de grandes minificcionistas del veinte como Julio Torri, Arreola, Monterroso, Nellie Campobello, hasta nuestros días, con la indudable incorporación y permanencia de

Gabriel Ramos. Celebremos este género y *La fuerza de la costumbre*, pues, como bien dice Gracián, «Lo bueno, si breve, dos veces bueno».

Víctor Bahena